



---

RESEÑA DE | A REVIEW OF

---

González Sánchez, Carlos Alberto. *El espíritu de la imagen. Arte y religión en el mundo hispánico de la Contrarreforma*. Madrid: Cátedra, 2017, 362 pp. ISBN: 978-84-376-3703-7.

---

DAVID GARCÍA TRIGUEROS

david.garcia.trigueros@gmail.com

Doctorando en Historia y Artes. Universidad de Granada

Parafraseando a Ortega, el arte es fruto de sí mismo y de sus circunstancias. Si Warburg o Hauser introdujeron en la historiografía esa conciencia de indisolubilidad entre sociedad y expresión artística no fue como una mera variante en la interpretación de la fenomenología cultural; al contrario, se asentaban las bases de una metacognición de la cultura, basada en la conectividad de las mentalidades y las producciones intelectuales humanas. Una clave de bóveda, sin duda, para los humanistas que desde el arte, la literatura y otros testimonios de excepción acceden a la reconstrucción epistemológica de sociedades pretéritas.

Este nuevo trabajo del doctor González Sánchez, catedrático de la Universidad de Sevilla - *El espíritu de la imagen. Arte y religión en el mundo hispánico de la Contrarreforma* - se postula, ciertamente, en torno a ese axioma. Una monografía en la que se dilucidan y desgranar aquellos elementos que configuraron la cultura visual española de la Edad Moderna, estrechamente ligada al contexto político y social de su tiempo pero, de forma singular e inalienable, al pensamiento religioso. Las consecuencias de la *Devotio moderna* y los postulados del Concilio de Trento, que vertebraron en esencia la estructura de este pensamiento, obtienen su ponderada exposición a lo largo de los siete capítulos de los que se compone la publicación.

Toda la construcción del relato académico parte del concepto de la espiritualidad, aportándonos a partir de las principales obras del siglo XVI y XVII y sus respectivos autores el contexto emocional y piadoso que rigió estos siglos, llamados a estimular el «arrepentimiento, la piedad y la obediencia». De esta manera, si la literatura espiritual, como singular motor de las devociones populares y el sentimiento religioso, sirvió para impulsar la formación cultural de las elites sociales, la tratadística en materia artística orientó a los autores sobre el modo de obrar de acuerdo con la doctrina. El Concilio

de Trento, del lado católico y también del protestante, sirvió precisamente para fijar aquellas cuestiones que en materia de moral o licitud con respecto al arte habían alumbrado estas dos religiones. La idoneidad del propio arte dentro del culto fue un postulado abordado, precisamente, dentro de las corrientes luteranas, orientando con ello un nuevo modelo de experiencia sensorial y estética de la práctica religiosa. Por el contrario, para la facción católica, la doctrina conciliar determinó un modo de entender y concebir el arte desde su génesis. Prueba de ello son los múltiples ejemplos de sínodos, concilios y publicaciones teóricas en este campo, tanto en España como en el resto de Europa (cf. 45-47) y que condicionaron, sin duda, el ejercicio de las artes.

Estos esquemas ideológicos, son los que remarca también González Sánchez en el campo de la *Imago eloquens*: la capacidad representativa de las imágenes, que por medio del recurso de la plástica se apoya en todo un discurso y una construcción compleja. Literatura sacra – mística y oratoria – conformaron parte del *humus* de la producción artística, conformándose en un fenómeno de gran interés dentro de la plástica barroca: la écfrasis y la teatralidad. El papel que ejercieron en este sentido los ámbitos jesuíticos descuellan entre el resto del clero secular, lo mismo que el papel de iconos literarios de la Edad de Oro como san Juan de la Cruz o fray Luis de Granada, quienes por medio de sus obras y de la predicación de sus conciones ofrecieron al arte el relato sobre el que basar sus creaciones. Las visiones místicas de los santos, las exhortaciones pasionistas de los ignacianos o las constantes referencias a los Novísimos amén de la agónica decadencia del *theatrum mundi* fueron, por tanto, el sustento de todo un marco imaginario sobre el que erigir el arte. Prueba de ello, y como denota el autor, son Pacheco o Valdés Leal dentro del círculo hispalense; pero donde también cabría incluir a Antonio de Pereda o Gregorio Martínez, por citar tan sólo algunos de los autores que aparecen mencionados y cuyas imágenes ilustran las páginas de la monografía.

La glosa de estas estructuras del pensamiento, que concibieron al arte como un elemento puesto al servicio de la interpelación y la persuasión espirituales, ligadas estrechamente al concepto de la práctica pietista y la purificación del alma según las virtudes cristianas, es lo que alumbró el flamante naturalismo y el recogido sentimiento de la plástica barroca. Es decir, la expresión material de aquello que el espectador debía asumir como propio; al igual que, de la lectura simbólica de los espacios, se construía toda una arquitectura – eminentemente religiosa pero también civil – construida bajo una perspectiva sacralizante. Lo que, en definitiva, también mantuvo su expresión en lo más genuino de la psique humana, marcada por la interpretación sobrenatural de los acontecimientos y de la fenomenología telúrica.

La circunscripción que hace González en su obra muestra todas estas realidades dentro del contexto del mundo hispánico, tal y como enuncia el título del trabajo. No obstante, y más allá de los límites peninsulares y también las referencias que de todo ello se hace al ámbito novohispano y al resto de dominios de la Corona en Latinoamérica, también existe una interrelación de argumentos con los contextos centroeuropeos e italiano principalmente. Si bien es cierto que en estas particulares reseñas de los

«nuevos mundos de la imagen» existe una atención destacable al resto de ámbitos de influencia hispánica, como puede ser el arco oriental que, por conexión con Filipinas, también recibió parte de ese resuello cultural transmitido esencialmente por medio de las misiones.

Con esta apretada síntesis puede, a nuestro juicio, darse buena cuenta del contenido sobre el que versa la obra y los pilares maestros en los que se sustenta. Sin embargo, para el historiador, que pretende encontrar en el arte la respuesta a todo un contexto cultural, este trabajo publicado por Cátedra y bajo el elocuente título del *Espíritu de la imagen* puede proporcionar un succulento número de recursos. Las múltiples referencias que en él se incluyen, tanto a autores como publicaciones históricas, es lo permite ilustrar con testimonios directos ese fundamento ideológico que subyace en el arte del Barroco. Ofreciéndose, pues, como un instrumento de estudio pero también de consulta, con el que poder acudir, si se desea, a las fuentes mismas que constituyeron parte de una época.